

II.

Los libros olvidados de Eugenio Feraud habían estado en boga en otro tiempo, en el que las novelas en octavo con cubiertas amarillas llenaban los gabinetes de lectura. Había divertido á generaciones de lectores, ahora viejos como él, ó casi desaparecidos, y, sin ganar gloria, satisfecho con pequeñas ganancias, dando vueltas á la piedra de la narración de aventuras, como un buen empleado á quien se le confiara el negociado de las lágrimas y terrores de las personas sensibles, el narrador se había visto poco á poco abandonado por el público, pasado de moda, y semejante á una barca que se abandona en la costa, mientras que los barcos nuevos bogan rápidamente camino de la mar.

Eugenio Feraud tenía entonces sesenta años cumplidos, y hacía cuarenta que, llegando de Brest, había publicado sus primeras líneas. ¡Cuarenta años acumulando con una energía de albañil montones de original! Y, sin fortuna al fin de la jornada,

viendo cerrarse ante él las puertas de las redacciones, donde los cabellos blancos dan miedo cuando no tienen una rama de laurel mezclada con su blancura, se preguntaba, perplejo, lo que iba á ser de él...

¡Ah! Si hubiese sido sólo en el mundo, nada más sencillo: se encierra uno en un rincón de aldea, y se vive con los cuatro cuartos que se hayan podido ahorrar con el rudo trabajo de muchos años.

Pero, ¿podía condenar á Noris á esta triste existencia de burguesa de provincia? Noris estaba hecha para París. ¡Tan adorablemente bonita, y con su expansión encantadora! Alta y pálida, fina como una árabe, y parisiense hasta las uñas; con contrastes de languideces y violencias, como su madre, una criolla hija de un Comisario de marina, con la que se había casado Eugenio Feraud cuando llegó á los cuarenta años, dueño entonces de sus destinos y soñando en éxitos brillantes, menos por él que por su querida mujer.

La madre de Noris había muerto muy pronto. Eugenio se decía ahora: «¡He gastado diez años, los mejores de mi vida, en llorar haberla perdido!»

Por ella sólo esperaba los desquites de los éxitos en el teatro, las calurosas veladas de triunfo con sus tempestades de bravos. Desaparecida ella, había dejado marchitar sus proyectos como flores sin aire.—¿Á qué intentar ninguna cosa, si no estaba ella allí para aplaudirle? Solo tienen atractivo las alegrías que pueden compartirse.

El pobre Feraud se había sentido rejuvenecido cuando Noris había crecido. Todo el ardiente valor de su querida muerta, le volvía á encontrar en esta niña; espíritu generoso, todo arrojo y pasión, un

poco romántica tal vez; ¿pero había de reprocharla el viejo novelista lo que hay mejor en el mundo, la ilusión? ¿No la había marcado él mismo el sello de romántica, dándole el nombre de Noris, que encontraba armonioso, y que le recordaba su primera novela *Dinorah* ó *los Filibusteros*? Dinorah, en abreviatura, Norah; y, pareciendo el nombre sor-do y triste á la madre, *Noris*, que tenía al menos como un dulce acento antiguo.

—¿Por qué no llamarla Susana, cómo yo?—
había dicho la madre.

—Sí, Susana... (dijo el novelista): ya sé, Susana...; es bonito...; pero no te enojés; es burgués, es sencillo. *Susana* sobre la cubierta de un libro... no llama la atención. Mientras que *Dinorah*... *Norah*... *Noris*... Ya sabes que yo creo en la influencia de los nombres como *Sterne*... Y bien: ¡Noris... le llevará la felicidad á nuestra querida hija!... ¡Noris! Me parece que veo una joven, alta, derecha como un lirio, con una arrogancia heráldica....

—¡Sí, es novelesco! Pero las mejores novelas son las que no se han escrito.

Y habiendo educado de tal manera á su hija, ¿no era también quimérico el pobre hombre? ¿Sabía él exactamente lo que es el brutal y complicado mecanismo de la existencia moderna? Vivía como un alucinado pacífico en mundos improbables, con los cazadores de América ó los parias de la India. Continuaba á los cincuenta años con una persistencia de maniático la narración de aventuras de sus treinta años. Repetía sus añejas historias, no pidiéndoles la gloria para mañana, como en otros tiempos, sino solamente el pan del día, el precio de la

educación de Noris, á la que quería instruída y educada admirablemente, como una princesa.

Quería que su hija aprendiese de todo, dibujo, música, pintura, y que su inteligencia se desarrollase en todos sentidos. Sus vanidades eran la ciencia y la hermosura de Noris. Interrumpía algunas veces sus novelones llenos de asesinatos, para venirse á sentar al lado de su hija, y volver á hallar dulcemente en alguna melodía de Mendelssohn tocada por ella, las poesías melancólicas de sus veinte años. Esta «voz de la casa», como él llamaba al piano de Noris, era también la voz de su pasado cuando soñaba en escribir versos,—«sí, versos, mi Noris, dramas en verso, con personajes con ropilla; versos que de la Comedia Francesa me hubiesen conducido á la Academia...., como á tantos otros.... ¡Ah! ¡Qué bonitos castillos en el aire se fabrican á los veinte años!»

Y sin tristeza ante sus muertas ambiciones y su abatida vida,—abatida y gastada tontamente porque le había sido necesario vivir,—el buen hombre volvía otra vez á sus cuartillas y continuaba sus comunes historias; la misma joven robada, el mismo duelo, el mismo envenenamiento, el eterno asesinato, el patrimonio disputado, el falso testamento, el niño vuelto á hallar y la disputa de dos madres, mientras que por la puerta entreabierta la romanza de Mendelssohn, temblando bajo los dedos de Noris, le llevaba el eco de voladoras esperanzas y de apagadas canciones. Así hubiera sido dichoso el viejo Ferand, si de repente aquellas mismas historias no hubieran sido terriblemente rebatidas, y si los periódicos no se hubieran cansado del duelo, de los asesinatos y del patrimonio disputado tantas ve-

ces. Esta existencia de canuto literario le bastaba, no obstante. Se hallaba contento, después de todo, en la casita de la calle ¡Brochant, en la que Noris añadía aquí y allá la nota de su gusto, hasta constituir una especie de lujo. Una blonda aquí, un peluche allá; sobre la chimenea un bibelot hallado por casualidad, y llevado como una ganga. Los bordados de Noris; las flores que ella amaba, parecían la sonrisa de esta vivienda burguesa, llena de libros y papeles, pero visitada por el sol, animada por el verdor lejano de los árboles del parque. Sí, él hubiera sido dichoso, á no haberse visto poco á poco puesto á la puerta de los periódicos. Los editores á quienes escribía no respondían, ó si los aguardaba en casa de ellos, —pretendiente sexagenario, más sufrido, por cierto, que á los veinte años,—no le recibían, se marchaban por las puertas de escape, encubriendo sus repulsas bajo estas respuestas:

—Más tarde.... ¡Ah! ¡Tengo tantos manuscritos aguardando!.... ¡Estoy abrumado!.... ¡Recuerdos á vuestra encantadora hija!.... Todo mi tiempo está ocupado con la novela de Jouvenet.

¡Un *novel*, Jouvenet! Y él, Feraud, era un viejo gastado, desmonetizado, concluído. Parecía que ya no se vendían más sus historias. Valían, sin embargo, tanto como las primeras, que hacían palidecer á las lectoras de otros tiempos. Pero ¡la moda! ¡Discutid los caprichos de la moda! Volvía entonces á la calle Brochant, con un profundo abatimiento moral. Miraba con el corazón lacerado sus pilas de papeles viejos ennegrecidos, que nadie quería entonces, y le daban deseos locos de arrojarlo todo al fuego. ¡Una hoguera! ¡Ceniza! ¡Esto es lo que valía ahora!

En una de estas horas de aplanamiento, Eugenio Feraud había encontrado á Vérignon, fabricante de negocios, fundador de Bancos, que se deslizaba, como una culebra hacia la leche, á todos los sindicatos, y posábase después como un ratón en un queso; asociado de Rodillon y de Molina, ya usurero, ya petardista, descubriendo con un olfato de trampero placeres en esta California sin límites que se llama la credulidad de los papanatas ó la confianza de los bobos.

Vérignon buscaba auxiliares; conocía á Feraud. El nombre del viejo escritor era honroso; la compañía de las *Minas de Sierra-Fuente* tenía necesidad de un secretario, y el autor de *Los Trabajadores del Canadá* debía conocer el arte de hacer relucir como pepitas de oro ante los ojos de la gente las más delgadas vetas de cobre. Si Feraud quería salpicar de epítetos la memoria excesivamente científica de J. B. Paludet, el Ingeniero encargado de la tecnología del nuevo negocio, Feraud entraba derecho en la *Sierra-Fuente* con partes de fundador. Feraud no tenía más que decir *sí* y Vérignon obtendría de esta manera también, en concepto de fianza, una parte de las leves economías de aquel pobre hombre, que aceptaba las proposiciones saltando por todo, con una cándida efusión de gratitud.

¡Qué alegría para aquel pobre vencido de las letras, el despertarse una mañana con el título de *Secretario general* de una compañía financiera de la que hablaban tanto los periódicos! El viejo Feraud volvía á ver su nombre impreso como en los buenos tiempos en que publicaba *Los caballeros de la navaja*, y por un fenómeno cerebral, al leer los anuncios que Verignon pagaba en buena

moneda ó en acciones liberadas, llegaba á figurarse que se trataba de alguna obra suya, y que aquellas *Minas de Sierra-Fuente* á que se encontraba unido su nombre, eran el título de algún drama de enredo, ó de alguna novela dramática que iba á publicar, y que ya se anunciaba.

Sentíase rejuvenecido y alentado por la buena fortuna; y el sillón, sólido y macizo, en que se arrellanaba en la hermosa oficina de la calle Taitbout, le consolaba de aquel otro sillón inaccesible para él, y con el que tanto había soñado al extremo del Puente de las Artes, bajo la cúpula de oro. ¡Bah! Sueños de ¡antaño. Al despertar en una gran sala perfectamente forrada, al entrar solemnemente en el local ocupado por la Compañía, con porteros más majestuosos que ministros, ordenanzas uniformados como generales y condecorados como diplomáticos, saludando al pobre olvidado y dándole el título de *señor Secretario general*, toda aquella nueva vida, desconocida y como oficial, volvía á Eugenio Feraud, alegre, vivaracho y animado. ¡Con qué gusto abrazaría á su Mecenaz, á su protector Vérignon!

—¡Es particular! (decía á veces á Noris): Vérignon me disgustaba antes con su cabeza calva, sus patillas grises y su aspecto entre clérigo inglés y *clubman* parisiense. Le conocía mucho; ¡he conocido á tanta gente!; y cuando le veía, procuraba no hablarle. ¿Sería yo necio? Y, sin embargo, á él, á ese querido Vérignon, debo mi fortuna y la tuya. ¿Estás contenta, querida Noris?

—Sí, si tú eres feliz,—respondía su hija, siguiendo también con su mirada profunda una ilusión muy lejana y muy alta.

Lo que disgustaba algo á Eugenio Feraud es que no se le exigiera un gran trabajo en la calle Taitbout: no pretendía para su ancianidad una prebenda, y quería utilizar su energía. Cuando Vérignon le encargó que redactase, para el mejor éxito del negocio y primera reunión de los accionistas, uno de los informes sobre las famosas minas de Sierra-Fuente, que se trataba de explotar en gran escala, el Secretario general lanzó un suspiro de satisfacción. Por fin iba á ser útil para algo. Por fin iba á demostrar lo que puede hacer un hombre que maneja ya la pluma en tiempo de los Soulié, de los Dumas y de Sué. Por otra parte, las minas de Chile eran su elemento. En Chile se desarrollaba la acción de su famoso drama inédito *La Serpiente roja*. Ciertamente nunca había visto á Chile; pero lo conocía mejor que los mismos alrededores de París. Había estudiado la lengua hispano-chilena, y todavía estaba en su Biblioteca el *Diccionario* del Padre Febres; conocía la fauna, la flora y los recursos industriales y agrícolas del país.

—¡Chile! ¡Si precisamente he escrito tres novelas cuya acción pasa en Chile!

—Las he leído (respondía Vérignon), y por eso precisamente os propuse entrar en nuestra sociedad.

Decididamente era todo un hombre Vérignon! ¡Haber leído las novelas chilenas de Eugenio Feraud, y recordarlas! ¿Cómo admirarse de que algunos hombres de negocios lleguen á ser veinte veces millonarios, si lo saben todo, si todo lo han leído, hasta las novelas americanas de un narrador que los modernos ¡imbéciles! desdeñan?... ¡Cómo iba Feraud á cuidar aquellos informes que

se le confiaban! Quería que fuesen unas verdaderas obras maestras.

Y en cuerpo y alma se consagró á aquellas cuartillas, en las que mezclaba pintorescamente el tecnicismo de las notas entregadas por Paludet, Ingeniero de minas, y una multitud de ricas descripciones que hacían concebir al lector la idea mágica de un Eldorado.

Inclinado sobre su papel, casi olvidado de que se trataba de un documento financiero, el viejo Feraud se congestionaba buscando, para retratar mejor las minas de Sierra-Fuente, adjetivos llenos de color como las cotarras que revolotean en los bosques de olivos y de mirtos. ¡Con su fervor de apóstol describía un paraíso á los deslumbrados accionistas; un suelo prodigioso, islas de verdura, manzanas del tamaño de la cabeza de un hombre, y albérechigos del peso de una libra!... ¡Con un solo árbol de las selvas chilenas, un misionero se había construido una iglesia completa de veinte metros de longitud, habiendo dado el mismo tronco y las ramas para las puertas, ventanas, altares y confesonarios! ¡En los Andes existían profusamente la plata, el cobre y el hierro; el mineral de oro brilla en la tierra como gusanos de luz iluminados por las estrellas; la plata de las provincias de Coquimbo y de Copiapo se exporta de Caldera por toneladas! ¡En Petorca, territorio de Chillán, minas de oro! ¡El lapislázuli exportado por quintales! ¡Las fortunas chilenas brotando de la tierra como la flor de azufre!...

Y Eugenio Feraud, embriagado en sus descripciones, seguía en ellas su vida de narrador y su labor de novelista, ó, mejor dicho, se convertía en novelista, y olvidado de todo, se lanzaba en lo des-

conocido que le atraía, recordándole sus relatos antiguos y sus invenciones juveniles, las heroínas pálidas y de cabellos de ébano, los jinetes voladores, los duelos á navaja, los combates á lazo, las marchas á través de las Cordilleras, las fugas y persecuciones en los desiertos, los disparos de fusil por entre los bejucos de las selvas vírgenes; todo lo previsto, lo banal y lo melodramático de la antigua novela americana, que veía florecer de nuevo con una realidad más exacta, ante los rayos de las cifras dictadas por Paludet y aumentadas por Vérignon, y la deslumbradora apoteosis de aquellas estadísticas asombrosas colocadas para servir de anzuelo á los suscritores de las Minas de Sierra-Fuente.

¡El viejo Feraud veía realizado su sueño! Aquellos nombres exóticos de profundas armonías, le agradaban como sus predilectos; «la plata de Charnasillo, el cobre en barras ó en bruto de Tres Picas, el volcán de San Fernando, los bateleros de Río Claro», todo esto sacaba á escena, cual si se tratase de un drama, encontrando en su imaginación alegres ecos de monedas blancas, en las palabras tan frecuentemente repetidas: «Las Provincias Argentinas...» ¡Argentinas!...

Vérignon quedó entusiasmado cuando leyó el informe, y declaró que ningún documento financiero había tenido nunca ni podía tener aquellos giros ni aquel brillo. Con él podían cogerse millares de accionistas. ¿Cómo diablos el autor de semejante máquina no estaba aún en el Instituto? Nunca, nunca se había ejercitado el reclamo de tal suerte para un negocio. Sencilla é inocentemente, arrastrado por su propia literatura, embriagado de color

local, el bueno de Eugenio Feraud había convertido en timbales el cobre refinado procedente de las minas hipotéticas de Sierra-Fuente.

—¡Bravo, y adelante con la música! (decía Vérignon.) ¡Sigamos al mundo!

Lefá y releía el informe que, con otros artículos de M. Feraud, iba á insertarse en el periódico *El Oro Chileno*, fundado expresamente para impulsar el negocio de las minas, y el mismo negociante se admiraba de los recursos pintorescos, del esplendor de adjetivos que el cándido novelista había arrojado á puñados para deslumbrar al lector.

—¡Habéis escrito una página magistral, mi buen Feraud!

—¡Oh! (respondía este modestamente, mientras su rostro se teñía de carmín): me he limitado á dar forma á vuestras excelentes notas y á las de M. Paludet. Las he revestido de alguna magia de estilo...., y he aquí todo. ¡El estilo engaña!

—¡Vaya si engaña.... afortunadamente!—murmuraba Vérignon entre dientes.

Pero no era un puesto en el Instituto lo que «el mágico estilo» debía proporcionar á Eugenio Feraud, sino un banco en el correccional. El desgraciado estuvo á punto de desvanecerse cuando, sentado ante su buró de tapete verde, con excelentes mapas de Chile y el plano de las minas de Sierra-Fuente en las paredes, vió entrar á un Comisario de policía, apoderarse de los libros de la Compañía, y enseñar al señor Secretario general un mandamiento para prender á «Feraud (Eugenio Felipe)», escrito con toda claridad.

¿Detenerle á él, al Secretario general?

¿Y con qué derecho?

¿Cuál era su culpa?

¿Qué ocurría?

El señor de Vérignon caminaba ya hacia Mazas en un coche y sentado entre dos agentes: Paludet se le reuniría allí después. Este derrumbamiento imprevisto atontó á Feraud, como la caída en un precipicio. ¡Él en Mazas! ¿No sería una burla estúpida?

La justicia tiene también sus equivocaciones, que habían dado asunto, en el buen tiempo de las obras de imaginación, á novelas históricas y melodramas judiciales, *Calas*, *Lesurques*, *La Urraca ladrona*. Él era tan inocente, tan profundamente inocente, como la criada de Palaiseau. Por el resultado del error no se inquietaba: harto sabía que la inocencia se reconoce siempre en el acto quinto. La suya convencería á los jueces. Recomendaba á su hija la paciencia; y cuando le sacaban de su celda para llevarle á casa del perito que examinaba con lupa,—entomologista de los papeles de negocios—los libros de la Compañía de Sierra-Fuente, repetía á los polizontes y al perito: «¡Ha habido un error! Ya verán Vds. cómo se reconoce al fin». Dormía tranquilamente, y se había puesto á escribir en Mazas una nueva novela, inspirada en los últimos estudios que había hecho sobre Chile y los chilenos.

—No te apures (decía á su hija); que de aquí he de salir con mi honor ileso y con un buen libro.... *Doña Hermosa*.... Bonito título, y que hará pareja con el que me dió á conocer: *Dinorah ó los Filibusteros*....; *Dinorah*, un libro puesto en parangón con los de Fenimore.... ¡Y *Hermosa* será mejor aún!

Contaba á Noris en el locutorio las peripecias de la futura novela, y preguntaba qué decían los periódicos de su arresto.

—¿Supongo que no sospecharán de mí?

—No..., no.... te lo juro.

—Pero hablan de mí.

—Sí; hablan.

—¿Por qué no me permites leerlos?

—¿Y á qué fin?

—¿Á qué fin? Porque esto conforta y sostiene.

Yo nada tengo que temer, porque no he hecho ningún mal..., ni Vérignon tampoco, estoy seguro.... Pero, á pesar de todo, quisiera persuadirme de que la prensa se porta bien.

Noris le llevó al cabo algunos raros periódicos favorables al autor de *La Serpiente Roja*, y Feraud se conmovió. En una crónica publicaba su biografía, y hasta hubiera publicado su retrato si él hubiese tenido la previsión de dar trabajo á los fotógrafos.

—¿No es esto curioso, Noris? (decía.) Publico cincuenta volúmenes, y no hablan de mí; me traen á Mazas, y publican mi biografía. ¡Es curioso, muy curioso!

Guardó el periódico, prometiéndose hacer una visita al *reporter* cuando saliera de la prisión. El periodista era tanto más amable, cuanto que Feraud no le conocía; siempre hay amigos ignorados.

—Vamos (repetía): ¡todavía hay buenos muchachos!

Estaba tan confiado, tan profundamente tranquilo sobre el resultado del proceso, que había llegado grado que Noris compartiera su confianza. Ella no sabía nada de cábalas financieras, y había visto

con espanto entrar á su padre en el negocio de las minas de Sierra-Fuente. Pero, en suma, Vérignon no era un tunante, y Eugenio Feraud era un hombre honrado. En todo aquello debía haber una mala inteligencia, que sería seguida de un sobreseimiento.

—Ya ves, Noris (decía Feraud), si yo duermo tranquilo. ¡Una buena conciencia y una buena almohada, aun en Mazas..., y sobre todo en Mazas!

Tan completamente se abandonaba á su optimismo, que supo sin espanto que la causa pasaba á la sala sexta. De fijo será esto lo mejor: el debate iba á ser público, y lo que él decía ante un juez de instrucción y un escribano impasible, podría decirlo delante de la multitud: ¡y entonces se vería!

—Un juicio público.... mejor. ¡Es más franco y más claro!

Quería «confundir la calumnia» en una sala llena de gente; y hasta tenía sus quejas contra los jueces que le pedían cuenta de su redacción, del estilo de sus informes....

—Las gentes de toga no quieren á los literatos, y me buscan querellas literarias ahora. ¡Como si ellos entendieran algo de literatura!

Juzgaban sus informes *dudosos*.... Ya verían, ya verían cuando los leyese en alta voz en la audiencia.

Y el día de Febrero en que Noris, ansiosa, aguardaba la sentencia en un cuarto del *Hotel de Enrique IV*, Eugenio Feraud había tratado de leer y de imponer á la muchedumbre aquellos informes sobre las Minas de Sierra-Fuente, la plata de Copiapo y las pepitas de oro de Petorca, que los tercios jueces juzgaban defectuosos y culpables.

¡Culpables! Pues si siempre hubiese escrito con aquel calor, desde hace diez años figuraría entre los cuarenta.... ¡Sí, lo que él prefería entre todo lo suyo eran acaso aquellas páginas que le arrojaban al rostro!

Interrogado por el Presidente en la Sala, aquel pobre ignorante, niño de cabellos blancos y escasos y de tenaces ilusiones, había revestido una actitud desoladora. Con la necia vanidad de un artista por sus obras, se había sublevado torpemente ante las acusaciones: defendió sus informes y sus artículos del periódico *El Oro chileno*, no con la diestra entereza de un acusado que trata de deslizarse por entre los artículos del Código, sino con la terquedad de un autor cuya producción literaria se discute.

No, no: él no podía admitir aquella crítica de los magistrados; sabía perfectamente lo que valían sus informes. Eran prosa buena, muy buena.... ¿Qué necia querella le buscaban aquellos jueces?

Y cuanto más le acusaban, más se irritaba él, dando brevísimas respuestas, que daban á entender: «¿Qué sabéis vosotros de esto? ¡Yo he demostrado que sé escribir!»

Este sistema de defensa pareció deplorable é inconveniente. Inconveniente: esta fué la palabra. El acusado parecía desafiar al Tribunal, tratando obstinadamente de leer su prosa, queriendo conservar intacta su reputación literaria.

No admitía, ni admitiría jamás que se le pidieran cuentas de sus artículos. «Los magistrados no son críticos, ¡qué diablo!....»

Y cuando el Presidente ponía ante su vista las hipérboles de las descripciones exóticas:

—¡Bueno.... (respondía Feraud): yo he escrito

eso....: volvería á escribirlo, y nadie puede escribirlo mejor!

—Pero es que, á sabiendas, habéis pintado con tintas engañosas un país que no conocíais.

—He hecho lo que toda mi vida hice: he idealizado. ¡La realidad no es tan bella, y es preciso adornarla algo!

Esta respuesta había parecido de un cinismo sin ejemplo.

Terco en su ceguedad, Eugenio Feraud había empeorado su defensa, y no encontró en sí mismo claridad alguna de apreciación hasta escuchar que le acusaban violentamente de haber mentido, engañando á sabiendas, y precipitado en la ruína á muchos pobres diablos por sus descripciones «embusteras». ¿Y se atrevía á mostrar vanidad literaria, cuando deliberadamente había arrojado á la miseria, tal vez al suicidio, á los desgraciados que tomaban sus «pálidas imitaciones de Chateaubriand» por artículos de fe?

¡La miseria! ¡La ruína! ¡El suicidio!

Eugenio Feraud abrió sus ojos extraviados ante aquella lluvia de acusaciones de nombres feroces: *complicidad, abuso de confianza, maniobras y promesas embusteras, robo....* ¡Ladrón él! ¡Cómplice de una sociedad de ladrones! Creía ahogarse cuando escuchaba á Vèrignon, que confesaba á medias, y acusaba á su vez, haciendo recaer sobre el señor Ingeniero de la Compañía y sobre el señor Secretario general la responsabilidad mayor.

Vèrignon adoptaba actitudes de angustia; estaba confuso, desconsolado, estupefacto. Decía que Eugenio Feraud conocía el país por haberlo estudiado á fondo; que los artículos del periódico, basados

en los datos del señor J. B. Paludet, le parecían absolutamente verídicos. Él mismo, Vérignon, había sido engañado, no pudiendo sospechar que el Secretario hiciera insertar en un periódico serio lucubraciones de novelista.

—Pero si vos me dictábais esas lucubr....

Pero el Presidente le cortaba la palabra. Entonces, tosiendo, ahogándose casi, el pobre hombre sentía que la sangre se agolpaba en su cabeza y se veía sujeto, como si lo estuviera á una picota, á aquel miserable negociante despreocupado, elegante, queriendo manejar al Tribunal como á una asamblea de sus accionistas. ¡Cómplice y engañado por él!... ¡Asunto de Vérignon y consortes! ¡Ah imbecil, imbecil y ambicioso viejo!

Todo le parecía girar en torno suyo, y ni veía ni oía. Los jueces, Vérignon, el ingeniero Paludet, se le aparecían como una especie de niebla, como siluetas fatuas. Quería levantarse, gritar, jurar que era inocente, y comprendía que no podría hacerlo, y que antes de decir una sola palabra rompería á llorar como un cobarde, delante de todo aquel público, cuyos confusos murmullos le envolvían de una manera insultante.

Sufría moral y físicamente, amenazado de una apoplejía, y sólo abrigaba una idea: su hija. Aquella pobre Noris, que aguardaba sin duda en algún rincón de aquel siniestro Palacio, y que había hecho bien en no penetrar en la sala para ver á su padre abofeteado públicamente, como Vérignon y como el otro loco, traficante de su ciencia y de su título; para ver aquel espectáculo innoble: el honor sencillito sentado sobre el mismo banco que un miserable corredor de valores falsos.

—Felizmente (pensaba Feraud, temblando de dolor y de vergüenza, mientras que hablaba el Procurador general), felizmente *la pequeña* no escucha esto.

El pobre diablo había pasado por tres fases sucesivas durante aquel día: la cólera literaria ante la burla que producían sus escritos; la estupefacción espantosa ante las semiconfesiones y las acusaciones de Vérignon; el aniquilamiento bajo la requisitoria del Procurador.

La sentencia dejó á Feraud inmóvil, como si hubiera recibido un golpe de maza: el buey, antes de desplomarse, tiene pesadas oscilaciones.

¡Cinco años de cárcel! ¡Cinco años! ¡Como Vérignon y como Paludet, *sus cómplices!* Eugenio Feraud movió la cabeza en torno suyo, y, desplomándose como una masa inerte, cayó desde su banco al suelo. Se le juzgó muerto.

Conducido fuera de aquel lugar, con el chaleco abierto y la corbata arrancada, volvió en sí, y sin decir una palabra se dejó llevar y subir al coche que había de llevarle á Mazas. Los guardianes se guiñaban el ojo, y uno, anciano, dijo al otro:

—Algunas veces, los que tienen, como éste, el aspecto de idiotas, son los peores.

Ya en su celda, arrojado Feraud sobre su mezzuino lecho y con la mirada fija en la pared, repetía un nombre entre sus convulsos labios, víctima de un temblor senil:

—¡Dinorah!... ¡Norah!... ¡Mi pequeña Noris sola en el mundo!... ¿Qué va á ser de ella?